

PiNOCHO

AÑO. IV
NUM. 182

25 cts

12 AGOSTO
1928



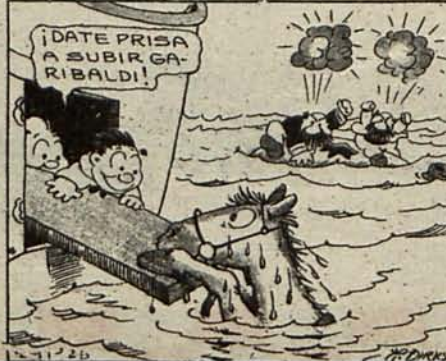
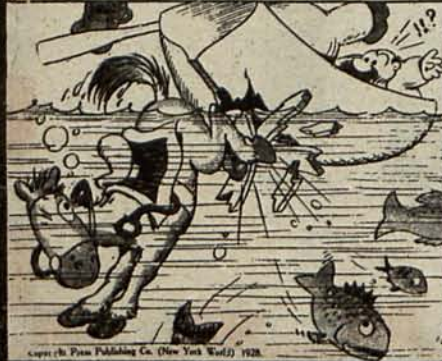
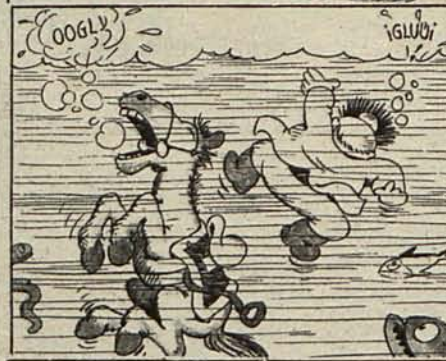
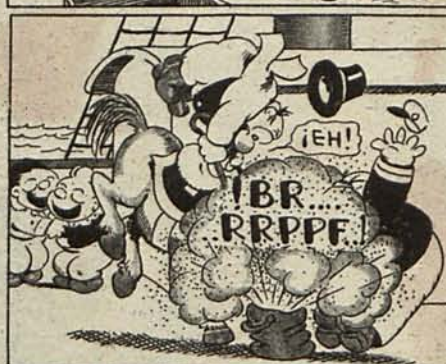
- CAMARERO, DEME UNA RACIÓN DE HABAS COCIDAS
- AQUÍ NO HAY ESO
- ME CHOCA, PORQUE EN TODAS PARTES CUECEN HABAS

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

ALBERTO ORS

Por

(Continuación.)

El Jefe superior de policía se hallaba fuera de sí, a causa de la afrenta y de la rabia. Hacía ya quince días que los «Hermanos del Silencio» habían llevado a cabo

aquel acto de terrible audacia, y la policía no había podido encontrar aún ni el menor indicio que pudiese servirles de guía para el descubrimiento de los autores.

No hay duda de que éstos debían tener uno o más cómplices en la Corte y entre las personas más cercanas al Czar; pues sin esta hipótesis era imposible explicar cómo había podido realizarse aquel acto, en aquellas condiciones tan increíbles. Todos los que en aquel momento rodeaban al Emperador fueron sometidos a un interrogatorio, hasta el gran mariscal, las parejas de baile y las damas y damiselas de honor. Todos habían dado la misma respuesta, poco satisfactoria y vaga. No se habían enterado de nada. Únicamente Godunov y Nadia Kovalewsky habían podido decir algo más, aunque muy poco; esto es, que al pararse, al ver lo que hacía el Czar, habían visto a Su Majestad y a la Gran Duquesa que iba de su brazo hacer el ademán de coger el gran sobre que ya conocen nuestros lectores. Lo de más ya lo saben también.

Por desdicha, esto era demasiado poco; pero en el interior bastaba para establecer que la carta amenazadora había sido dejada caer sólo unos cuantos segundos antes de que la viese el Czar. Entonces, ¿dónde debía buscarse a los culpables? Los que rodeaban en aquel momento al Czar figuraban entre sus más leales amigos, y sobre ninguno de ellos podían hacerse recaer las sospechas sin ofender al Czar y a la Czarina, que depositaban en ellos toda su confianza.

El Jefe superior de policía se devanaba los sesos al querer desenredar los hilos de aquella intrincada madeja, y limitaba toda su acción a la estrecha vigilancia del inmenso ejército de personas alojadas en el Palacio de Invierno.

Estos escasos resultados, contrastando con las frases petulantes y dramáticas pronunciadas por el primer ministro en el gabinete imperial la misma noche del suceso, comenzaban a poner en ridículo a las autoridades. Sin embargo, Kuraf, el Jefe superior de policía, no se desanimaba por eso, celebrando frecuentes conferencias con Godunov, a quien tenía en alta estima a causa de la agudeza de su ingenio y su temperamento de polizón, y el cual relacionaba en su fuero interno lo acaecido con los datos e informes que ya tenía acerca del caso. El, con su astucia, había-se dado cuenta en las frecuentes visitas que hacía por aquellos días al Palacio de Invierno de que María Vedemedka demostraba por él cierta predilección. Godunov, acostumbrado a sacar partido en favor de sus recónditos designios, de todas las ocasiones que se le presentaban, se aprovechó de la visible simpatía de la ingenua muchacha para volver a someterla al interrogatorio hecho anteriormente por Kuravief con el resultado que ya conocen nuestros lectores. Al principio, Godunov creyó que perdía el tiempo con una tontuela ingenua; pero no tardó en convencerse de que se había precipitado demasiado en sus juicios.

Un día, al pasar por una de las antecámaras de la emperatriz en donde María y Nadia estaban de guardia, se detuvo para saludar a la joven, entablando con ella una breve conversación.

Al hallarse en presencia de Godunov y de Nadia, María Vedemedka perdía toda su ingénita bondad y sentía que en su alma se despertaba un fermento de odio y de perversidad. Ella creía leer en la actitud de Nadia hacia Godunov un interés que tomaba por coquetería, y esto la irritaba y la exasperaba. También Nadia aquel día al hablar con Godunov, hizo gala, como de costumbre, de todo su ingenio y su brillante alegría juvenil. Godunov parecía fascinado por aquella fosforescencia de frases y de vivacidad, y María Vedemedka, silenciosa, soportaba a duras penas que la presencia de Nadia la relegase a segundo término ante el hombre a quien amaba en secreto y que demostraba no acordarse más de ella.

Por fin, alejóse Nadia, y sólo entonces pareció acordarse Godunov de María Vedemedka, la que, humillada y confusa, simulaba entretenerse en un ángulo de la estancia con un ramo de flores.

—¡Que prodigio de alegría y de gracia!—exclamó Godunov no pudiendo contener un grito de admiración—. Nadia es verdaderamente el alma de la Corte de la emperatriz.

Al oír aquella calurosa alabanza que a ella la hacía el efecto de una herida en el corazón y lastimaba realmente su amor propio, María Vedemedka se puso encendida de despecho y no pudo menos de murmurar, lanzando por los ojos relámpagos de odio:

—Y, sin embargo, yo podría perderla con una sola palabra.

Godunov, que era muy astuto, fingió al pronto no haber oído la terrible frase, tanto más terrible por haber sido pronunciada en un lugar donde hasta el aire mismo oye y juzga; pero el corazón le dio un brinco, entreviendo en el acto el gran partido que podía sacar de la imprudente frase de la joven, la cual se arrepintió en seguida de haber cedido a aquel impulso de su ánimo, dejando que se escaparan de sus labios las palabras acusadoras. Y queriendo acariciar la esperanza de que Godunov no la hubiese oído, buscó un pretexto para retirarse a su cuarto y llorar allí su desventura y su imprudencia.

Pero Godunov desde aquel día no la dejó tranquila ni un momento, y aprovechándose del ascendiente que ejercía sobre la débil e irresoluta joven, cual serpiente tentadora, supo aprisionarla entre sus anillos, cada vez más apretados, hasta que se dió cuenta la infeliz de que ya no podía librarse ellos.

Sabiendo poner en juego con una habilidad infernal los celos y la envidia de María Vedemedka, Godunov hizo que se olvidara de su amistad con Nadia, combatiendo todos los escrúpulos de la desventurada.

No la otorgaba nunca ni un minuto de tregua.

—¿Qué palabra es esa que podía perderla?

Esta era la pregunta que la serpiente tentadora murmuraba a toda hora y en todo momento al oído de María Vedemedka. Godunov había comprendido que la frase de María estaba relacionada con el suceso de la carta amenazadora, pero no sabía ni en qué grado ni medida, y esto impulsábale a ahondar en todos los pormenores, y para lograr lo que se proponía asediaba a la joven con una perseverancia diabólica.

María Vedemeka, pálida y avergonzada cada vez que se encontraba con Nadia, alegre y descuidada, sentía oprimirse el corazón y de buena gana se hubiera arrojado a los pies de su amiga para rogarla que perdonara su traición y confundir sus lágrimas con las suyas; pero le faltaban las fuerzas y acariciaba la esperanza de resistir a las tentaciones del hombre a quien amaba y que le envolvía en toda clase de asechanzas y redes. María Vedemedka se hallaba

en este estado de ánimo, cuando un día se encontró de nuevo con Nadia y Godunov en el saloncito en donde las damiselas de guardia esperaban las órdenes de la emperatriz.

Al oír que la llamaban, Nadia se levantó apresuradamente y buscó su bolso, que se figuraba haber dejado encima del piano, colocado en un ángulo del saloncito, pero no pudo dar con él.

—Me lo habré dejado olvidado en mi cuarto—dijo, y como tenía que obedecer sin tardanza la orden imperial, salió rápidamente.

—Y sin embargo—dijo Godunov al quedarse solo con María—yo juraría que Nadia ha entrado aquí con el bolso.

—Es cierto—confirmó María, y se puso a buscarlo por el saloncito.

—Aquí está—gritó de repente, y bajándose cerca del piano, junto a un elevado musiquero, se irguió, llevando en la mano el elegante bolso de Nadia, que se había abierto en la caída.

María miró instintivamente al interior del bolso y se puso muy pálida. Acababa de ver una carta en cuyo sobre leíase el nombre de Godunov.

—¡Es para usted!—exclamó trémula de indignación, presentándole la carta a Godunov con mano temblorosa—. Esa carta le pertenece.

Godunov hizo un gesto de asombro.

—¿Una carta para mí en el bolso de Nadia? ¡No puede ser!—y cogió la carta.

—¡Es verdad!—añadió con indiferencia—la carta está dirigida a mí y no me explico el motivo. Yo no sé nada en absoluto, y para que te convenzas te ruego que tú misma abras la carta.

María con los ojos fulgurantes de indignación, rompió el sobre nerviosamente y leyó lo que sigue:

«Querido Capitán: eres el hazmerreír de toda la Corte al verte hecho un imbécil detrás de esa insulsa María Vedemedka, cuando podías aspirar al amor de otras jóvenes con más belleza, más gracia y más ingenio. ¿Cuándo vas a renunciar al ridículo papel que estás desempeñando, hace ya demasiado tiempo?

Una amiga verdadera.»

—Eso es un estúpido anónimo—exclamó Godunov—. ¿Quién puede haberlo escrito?

—Su pregunta no puede ser más candorosa—repuso María Vedemedka, con voz sorda—. ¿Quién ha de ser sino Nadia Kovalewsky?

—¡Pero ésta no es su letra!

—Yo la conozco mucho. Es su letra contrahecha, y su intención era que esta carta llegara a su destino. ¡Infame! Y María Vedemedka, en un paroxismo de cólera, sintió que sus ojos se inundaban de lágrimas.

Godunov, que había cogido la carta, examinábala.

—¡Tienes razón—le dijo—; no puede ser más que lo que tú dices!...

Y mientras hablaba de esta suerte, rasgó la carta en mil pedazos y la arrojó al fuego que ardía en la pequeña chimenea.

—¡Qué haces!—exclamó María, precipitándose hacia la chimenea—. ¡Yo quería conservar esa carta para avergonzar a esa malvada!

—Hubieras hecho mal. Semejante escena no hubiese tenido para ti más que consecuencias desagradables. Tienes otros medios a tu disposición para vengarte de Nadia.

Una sonrisa diabólica contrajo los labios de María, al mismo tiempo que sus pupilas lanzaban rayos de exterminio y de ira. Luego sentóse al lado de Godunov, y después de haberse enjugado las lágrimas y de refrenar los sollozos que agitaban su pecho, murmuró con acento de férrea resolución:

—¡Seré inexorable! ¡La quiero ver en el patíbulo!

—¡Magnífico!—dijo Godunov—. Así te quiere ver y así

es como me gustas. Nadia no merece que la guardes ninguna consideración. Dime, pues—añadió Godunov, repitiendo por última vez, con una sonrisa de triunfo, la pregunta que le había hecho a María mil veces durante veinte días consecutivos—, ¿qué palabra es esa que podría perderla?

María Vedemedka se puso en pie y, mirando fijamente a Godunov, pronunció con lentitud estas espantosas palabras:

—Nadia Kovalewsky fué quien dejó caer a los pies del Czar la carta amenazadora de los «Hermanos del Silencio».

El mismo Godunov quedóse estupefacto ante la inesperada relación.

El no se había figurado nunca que la complicidad de Nadia en el suceso fuese tan grave.

—¿Dices la verdad?—balbució, oprimiendo con fuerza la mano de María, y temeroso de que el odio arrastrase a la joven demasiado lejos.

—¡Digo la verdad!—repuso María Vedemedka, con un acento que no podía dudarse de que fuese sincero.

—Los detalles, los detalles—dijo vivamente Godunov.

—Son breves. Yo seguía con un *attaché* de embajada la pareja que formabais tú y Nadia. Nadia te hablaba con gran animación, y tú estabas pendiente de sus palabras... ¿Te acuerdas?—preguntó María, con un acento en el cual vibraban los celos.

—Continúa, continúa—exclamó Godunov, en el cual se despertaba el polizonte, y que escribía en un plieguecillo de papel las palabras de María. Aquel plieguecillo de papel llevaba el sello del Estado, y Godunov debía de haberlo preparado con antelación, pues lo sacó de su bolsillo de oficial. Pero la joven, que se hallaba en un estado de insólito orgasmo, no se fijó en aquel detalle, continuando de esta suerte su relato:

—Como no te cuidabas más que de escuchar a Nadia, no reparaste en nada de lo que sucedía; pero yo, que os observaba atentamente, lo vi todo y distinguí muy bien cómo se deslizaba la carta, orlada de negro, por debajo del corpiño de Nadia. Entonces, ésta, mientras hablaba, al parecer, animadamente contigo, ejecutando un paso de la *polonesa*, arrojó la carta con incomparable destreza a los pies del Esperador.

Godunov no quiso oír nada más.

—Lee—le dijo a María, presentándole el escrito—.

—¿Está bien así?

María lo leyó, haciendo después un signo afirmativo con la cabeza.

—Pon aquí debajo tu nombre—dijo Godunov.

María firmó.

Godunov, después de haber examinado la firma, plegó cuidadosamente el papel y lo guardó en su bolsillo.

—¿Qué intentas?—le preguntó María, señalando al terrible documento, a la denuncia que le entregaba al verdugo la cabeza de la desventurada Nadia.

—Eso es cosa que no importa más que a mí—repuso Godunov—. Ahora tú debes ayudarme a perfeccionar el plan que debe causar la ruina completa de Nadia.

—¿No basta con eso?

—Para Nadia, sí; pero no para sus cómplices. Nosotros dos debemos salvar al Czar y ayudar a la justicia a apoderarse de los autores de la sacrilega amenaza.

—Es justo—murmuró María.

—Escucha, pues. Nadia está, sin duda, afiliada a la infame y tenebrosa secta de los «Hermanos del Silencio», y está, por lo tanto, en contacto directo con los bombistas más peligrosos; sabe dónde se reúnen; conoce sus funestos designios... Si la vigilamos con precaución y cautela, podemos seguirla, descubrir el lugar en donde se reúnen, conocer y desbaratar el complot, hacerlos detener a todos y proteger de este modo, no sólo la vida del Czar, sino también la de los que vivimos a su lado.

(Continuará en el número próximo),

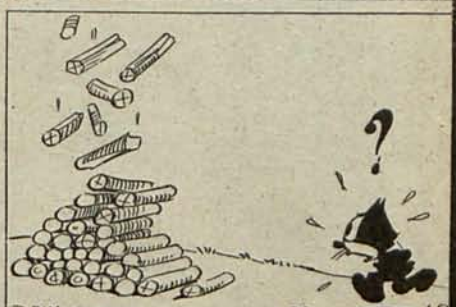
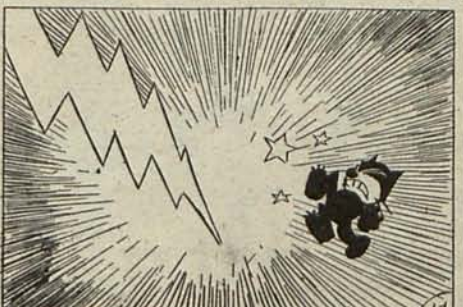
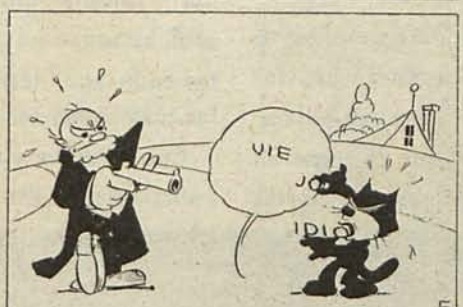
**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**



COMIC



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



© 1928, by Newspaper Features Service, Inc., Comic Rights reserved.

PAT SULLIVAN

4-22

12



LOS CAZADORES DE LOBOS

CUENTO DE

E. SALGARÍ

«¡Hace un frío siberiano!»

Y, sin embargo, no es precisamente esto aquel país. Ciertamente es que en invierno, a lo largo de su costa septentrional, hacia el océano Ártico, reina un intenso frío. Los hielos y la nieve se acumulan en aquellas inmensas llanuras, y los osos blancos y los lobos descienden en gran número de los bancos de hielo o de las montañas; pero en las regiones meridionales no se siente más el frío que entre nosotros.

¿Queréis saber algo más de esto? Durante el verano, en Siberia hace más calor que en nuestras provincias del Mediodía, y en lugar de osos aparecen enjambres inmensos de tábanos y mosquitos, que os comerán vivos si no os protegéis la cara y las manos con ciertas caretas y guantes fabricados de crin.

El frío existe, como queda dicho, en ciertas partes de aquella inmensa región que ocupa toda la zona septentrional

Lectoreitos míos, ¿no os han hablado nunca de Siberia? ¡Cuántas veces habrá llegado a vuestros oídos este nombre, ha-

ciéndoos sentir escalofríos! Siberia quiere decir frío, nieve, hielo. Por algo suele decirse durante el invierno: cido del continente asiático, y es agudísimo. Figuraos que en diciembre y enero los habitantes de aquellos parajes no pueden salir de sus casuchas de madera, en las que arden noche y día las estufas, y que, a veces, hasta el vino, el petróleo y el ron llegan a congelarse.

Cuando el frío cede un poco, aquellos desgraciados, a quienes con frecuencia acosa el hambre, se dedican a la caza.

Todos ellos son violentos, audaces y afrontan indiferentes el ataque del gigantesco oso blanco y del lobo feroz, cuya carne les sirve de alimento y cuyas pieles van luego a vender a los comerciantes rusos.

Estas últimas constituyen en realidad la principal riqueza del país, y se cogen en número no menor de cincuenta mil al año, con un valor considerable en dinero; pues algunas pieles, por ejemplo, las de zorro azul, alcanzan un precio no inferior a setecientas pesetas cada una, llegando a pagarse miles de pesetas por las más hermosas.

Entre los muchos cazadores de Siberia he conocido a uno que se estableció más tarde en una ciudad de

Rusia, después de conquistar un renombre extraordinario entre sus compatriotas.

Era un ostiaco, que vale tanto como decir un semisalvaje; de estatura





casi gigantesca, fuerte como un oso, con unos brazos capaces de sujetar a un toro, la barba larga y roja, y los ojos grises, con reflejos acerados.

Había vivido durante muchos años junto a la desembocadura del Obi, que es uno de los ríos mayores que atraviesan la Siberia, y al cabo había podido reunir una respetable fortuna traficando en pieles.

Sabiendo que en sus numerosas correrías en medio de la nieve y de los hielos le habían sucedido muchas y extraordinarias averías, un día fui a visitarle con el propósito de que me refiriera alguna de ellas.

Ya nos conocíamos de antes; alguna vez estuvo acompañándonos a la mesa a bordo de nuestro barco, anclado a la sazón en Arkangel (léase Arjánquel), uno de los puertos más septentrionales de Rusia, donde el comercio de pieles es muy activo.

Encontré a mi héroe en su *isba*, una especie de caseta de madera que él había sabido amueblar con cierto gusto; estaba fumando su monumental pipa, ante un respetable vaso de aguardiente de centeno.

—Roskoff (así se llamaba), hoy me contaréis una de vuestras aventuras más extraordinarias.

Me han dicho que durante vuestra permanencia en Siberia os han sucedido muchas, y para todos los gustos.

Mi gigante aspiró una bocanada de humo, que durante unos instantes le ocultó a mi vista; remojóse la lengua con un prolongado sorbo de aguardiente, y me dijo luego, con voz nasal, horrible:

—¡Tantas han sido las que me ha tocado correr en mis jornadas de caza! He estado a punto de servir de pasto a los osos blancos, de ser despedazado por los lobos, destripado por las morsas o engullido por los hielos.

—Un buen puñado de interesantes aventuras—dije yo, riendo.

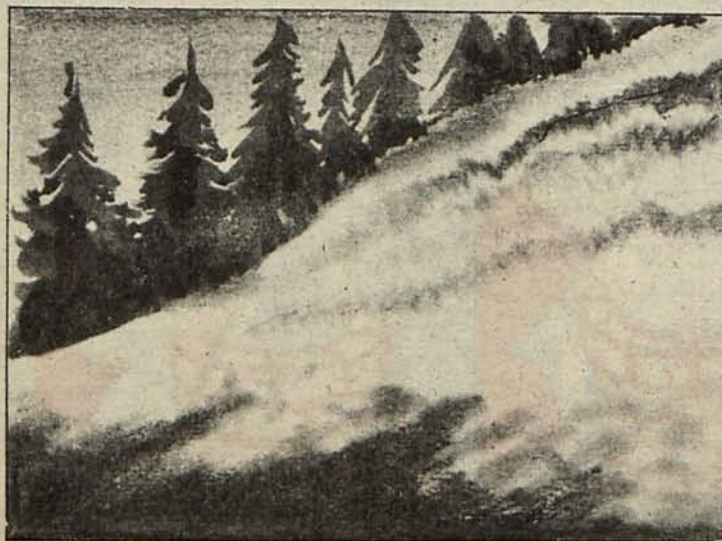
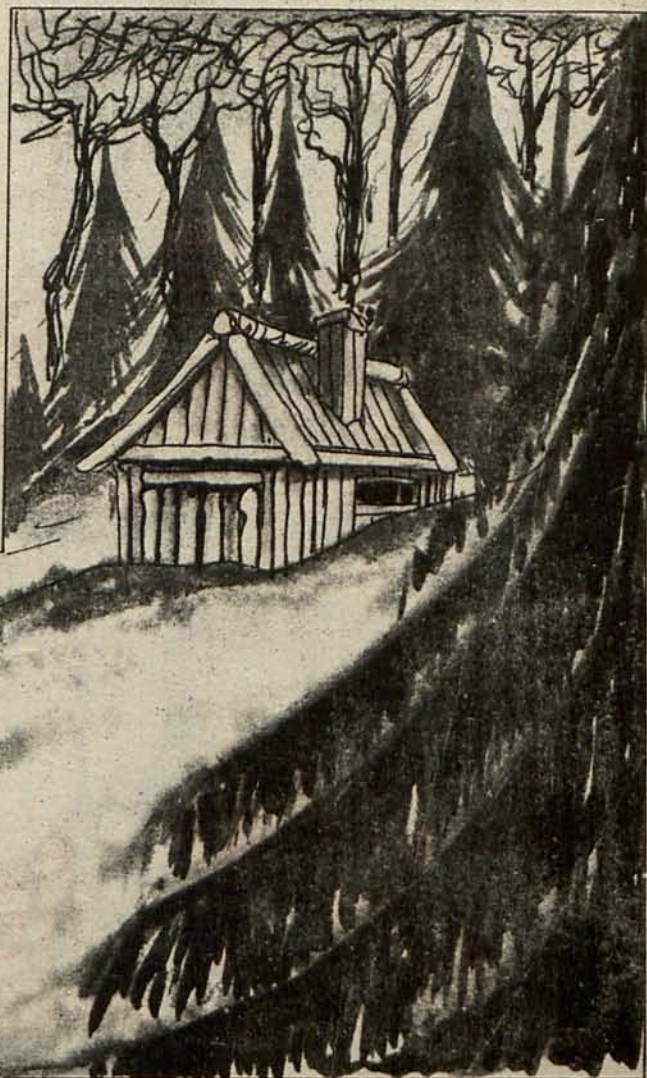
—Si las hubieseis pasado, seguramente no os causarían risa—respondióme el siberiano.

—Estoy persuadido de ello. Contadme, pues, primero vuestra aventura con los lobos.

—¿Y luego?

—Luego las otras. Y en cambio, yo os regalaré media docena de botellas de excelente ginebra inglesa, de aquella que conocéis ya por haberla probado en nuestro buque.

(Continuará en el número próximo.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

JORGE EL VALEROSO

Castillo



Un pobre hombre tenía un hijo llamado Jorge, tan impávido y viril, que nunca se había asustado por nada. Y oyendo hablar del *miedo* con frecuencia, tenía curiosidad por saber qué era eso.

Un día dijo a su padre:

—Si me dais permiso, voy a irme por el mundo a ganarme la vida y ver si, de paso, aprendo lo que es miedo.

Accedió a ello su padre, y Jorge, después de despedirse de él, se puso en camino.

En la primera posada que halló, hubo de decir su intento de aprender lo que es miedo, y el posadero le atajó diciendo:

—Si queréis saber lo que es miedo, no tenéis que hacer sino pasar tres noches en ese castillo.

Y señaló uno, en ruinas, que se veía por la ventana.

Se decía que estaba encantado y había en él grandes tesoros; pero nadie se arriesgaba a ir a descubrirlos, aunque el Rey de aquel país había ofrecido la mano de su hija a quien lo lograra.

Al día siguiente fué el joven a ofrecer al Rey que iría al castillo y pasaría en él tres noches.

—Acepto tu proposición —dijo el Rey—. Puedes llevar contigo tres cosas.

—Pues bien, llevaré leña para hacer lumbre, un torno y un tajo con su cuchilla.

El Rey le dió lo que había pedido. Ya de noche entró el joven en el castillo, encendió un gran fuego, puso al lado el tajo con la cuchilla y se sentó en el torno.

—¿Será posible que sepa lo que es miedo? —dijo—. Me parece que aquí tampoco lo aprenderé.

Cerca de media noche se puso a atizar el fuego, y, cuando estaba soplando, oyó decir en un rincón:

—¡Miaul! ¡Miaul! ¡Tenemos frío!

—¿Tenéis frío! Pues calentaos.

Apenas dijo esto, dos grandes gatos negros se pusieron a su lado, mirándole con ojos de fuego.

—¿Quieres jugar con nosotros a las cartas? —le dijeron.

—¿Por qué no? —les contestó Jorge—. Pero antes quiero veros las patas.

Los gatos extendieron sus manos.

—¡Ah! —les dijo—. Muy largas tenéis las uñas; os las cortaré.

Los cogió por los pies, los puso en el tajo, los mató y los tiró por la ventana al estanque. Iba a sentarse de nuevo a la lumbre, cuando salieron de todos los rincones y rendijas muchos gatos y perros negros, con cadenas de fuego; eran tantos, que no se podían contar; maullaban y ladraban horriblemente, rodeaban la lumbre, tiraban de él y le querían arañar. Los miró un rato con mucha tranquilidad; pero, ya incomodado, cogió su cuchilla, y dijo:

—¡Largo de aquí, canalla!

Y, cuchilla en mano, se lanzó contra ellos, que en parte escaparon y en parte fueron también por la ventana al estanque. Luego se puso a soplar la lumbre y volvió a calentarse. Miró a su alrededor, vió en un rincón una hermosa cama y se echó en ella.

Ya empezaba a dormirse, cuando la cama comenzó a andar sola, dando vueltas por el cuarto.

—Vamos —se dijo—, bailaremos.

Y la cama siguió corriendo por los suelos y escaleras como si tuviese un motor. De repente se hundió, quedándose él debajo y sintiendo un peso como si tuviera una montaña encima; levantó la ropa que le cubría, y se puso en pie diciendo:

—No quiero andar.

Volvióse al fuego, y, al fin, se durmió. A la mañana siguiente llegó el Rey, y viendo al joven sin movimiento, le creyó muerto, y dijo:

—¡Pobre joven, tan buen mozo!

El muchacho, al oírle, se levantó y le dijo:

—No sé por qué me tenéis lástima.

El Rey, admirado, le preguntó cómo le había ido.

—Bien —respondió—. He pasado una noche; las otras dos vendrán y pasarán también; no he podido saber lo que es miedo.

Se marchó a la posada, y el dueño de ella, al verle, le dijo:

—Creí no volverte a ver. ¿Sabes ya lo que es miedo?

—No —dijo Jorge—; no hay nadie que quiera enseñarme.





Volvió la segunda noche al castillo, sentóse a la lumbre y dijo:

—¿No habrá quien me enseñe lo que es miedo?

A las doce de la noche comenzaron a oírse ruidos y golpes: primero, débiles; después, más fuertes; luego, espantosos; a poco cayó por la chimenea un hombre horrible, que se le quedó mirando, y luego se sentó en el torno.

—Vamos, ya tengo compañía; atizaré el fuego. Y ahora déjame el asiento, porque es mío.

El hombre no le quiso dejar sentar; pero Jorge le quitó y se puso en su lugar. Durante la lucha cayeron otros dos hombres por la chimenea. Traían nueve huesos y dos calaveras, y con unos y otras se pusieron a jugar a los bolos. El joven se alegró con el juego, y, levantándose, dijo:

—¿Puedo ser de la partida?

—Si tienes dinero, sí —le dijo uno de ellos.

—Y bastante —les contestó—; pero estas bolas no son bien redondas.

Cogió una calavera, la puso en el torno, la redondeó, y dijo:

—Ahora veremos quién gana.

Jugó con ellos y perdió algún dinero. Al dar el reloj las dos, todo desapareció de sus ojos.

Se echó al lado del fuego y se quedó dormido. A la mañana siguiente volvió el Rey a visitarle.

—¿Cómo lo has pasado? —le preguntó.

—Me he divertido; he jugado un rato.

—¿No has tenido miedo?

—No sé lo que es eso. Por lo visto no lo sabré nunca.

Volvió la tercera noche al castillo, se sentó en su banco, encendió el fuego, y dijo incomodado:

—¿Quién me dirá lo que es miedo?

Apareció un hombre alto, viejo, de mal aspecto y de barba blanca.

—¡Ah malvado! —exclamó, lanzándose sobre el joven—. ¡Pronto sabrás lo que es miedo: vas a morir!

—No tan pronto como crees —contestó el joven—; yo soy tan fuerte como tú y más joven.

—Ahora lo veremos —dijo el viejo—; vente conmigo.

Lo condujo a un corredor oscuro, junto a una fragua; cogió

el viejo un hacha, dió en un yunque y le hundió de un golpe.

—No es gran cosa —dijo el joven—; yo hago más que eso.

Y, dirigiéndose a otro yunque, cogió Jorge el hacha, abrió el yunque de un golpe y clavó dentro la barba del anciano.

—Ya eres mío —le dijo—; ahora el que va a morir eres tú.

Entonces cogió una barra de hierro y comenzó a pegar con ella al viejo, hasta que éste le ofreció, si le dejaba libre, darle grandes riquezas. El joven le dejó en libertad. El anciano le condujo a los subterráneos del castillo, le enseñó tres cofres llenos de oro, y le dijo:

—Uno es de los pobres, otro del Rey y el otro para ti.

A poco dieron las doce y desapareció el viejo.

A la mañana siguiente volvió el Rey y le dijo:

—Tú has desencantado el castillo y te casarás con mi hija.

—Bueno —le contestó—; pero, con todo, aún no sé lo que es miedo.

Algunos días después sacaron el oro de la cueva y celebraron las bodas.

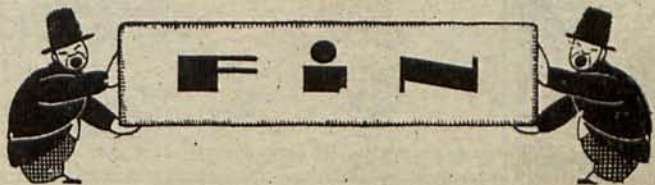
Jorge deseaba traer a su lado a su padre, por lo cual salieron mensajeros a buscarle, y le trajeron prontamente.

Jorge era feliz; pero, de cuando en cuando, repetía su estribillo, de quién le enseñaría lo que es miedo.

Esto disgustó a la Princesa, y dijo a sus doncellas: —Voy a enseñarle lo que es miedo.

Fué al estanque del palacio y mandó traer un cubo lleno de peces. Por la noche, cuando dormía su esposo, levantó la Princesa las ropas y puso el cubo lleno de agua encima de él, de manera que los peces, al saltar, dejaban caer algunas gotas de agua sobre el rostro de Jorge. Entonces, el joven despertó sobresaltado, diciendo:

—¡Ah! ¡Ah! ¿Quién me asusta, querida esposa? Ahora ya sé lo que es miedo.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿De qué vamos a hablar hoy, querido Chonón?
—¿Te parece que hablemos del lagarto, querido buho?
—Me parece muy bien. ¿A ti no te causa repulsión este animalito?
—A mí, ninguna. Al revés, lo encuentro muy esbelto y muy gracioso. Además, no le tengo ni pizca de miedo, y eso que dicen que es venenoso.

—No hay tal veneno en los lagartos, mi querido Chononcito. Los que les temen, por creerlos venenosos, están en un error. Tú haces muy bien en no tenerles miedo, porque si no se les hace daño (y tú no acostumbras a hacérselo a ningún animalito) ellos no se meten con nadie. Al contrario, huyen al menor ruido y se esconden en su madriguera temerosos de que se les cace. Si se consigue hacerse con algún ejemplar vivo y se les trata bien, llegan a acostumbrarse al trato del hombre hasta el punto de dejarse acariciar, tomar los alimentos directamente de la mano, y jugar con su dueño como el más manso y dócil animal doméstico.

—Nada de esto sabía yo, amigo buho. Ignoraba que la bondad de este animalito llegase hasta el punto de convertirse en doméstico. Es admirable. Es simpático. Cuéntame más cosas del lagarto.

—Este animal, que como sabes pertenece al género de los reptiles, se distingue exteriormente por sus párpados escamosos y las placas que cubren todo su cuerpo. Tiene las extremidades y la cola completamente desarrollada. Los dientes, huecos en su base y la lengua bastante larga, muy afilada, terminada en dos puntas y con papilas también escamosas. Es animal que habita en Europa, Asia y África, y por su gran variedad se le clasifica en muchas especies. Vive en sitios bien soleados, pues el sol constituye el elemento más indispensable de su vida.

—El calor, supongo querrás decir.

—Eso es; el calor. Para calentarse, escoge los sitios en que mejor se concentran los rayos solares, como las superficies lisas de las piedras, los troncos de los árboles, las tapias, etc. Permanece al sol durante las horas de mayor calor, con los miembros estirados, la piel muy dilatada y los ojos cerrados.

—Pues, oye, buho, con los ojos cerrados no verá, y será muy fácil atraparlos.

—Para su tranquilidad confía en su oído, que es de una sensibilidad extraordinaria. El menor ruidito lo pone en guardia, y su agilidad, que es también extraordinaria, lo pone a salvo de cualquier peligro. Hace sus madrigueras entre las raíces de los grandes árboles, entre montones de pedruscos, en los matorrales, en las empalizadas, y muchas veces aprovecha cavidades ya hechas para alojarse en ellas. Es muy apegado a su vivienda y sólo emigra de ella cuando el hambre u otra necesidad imperiosa le obliga a ello.

—Cuando el casero derribe la casa no tendrá otro remedio que coger sus trastos y mudarse de domicilio.

—A ver que remedio le queda. Te advierto que el lagarto tiene dos viviendas. Una, la de verano, que es un resquicio cualquiera, próximo a los sitios soleados y otra, la de invierno, que es la verdadera madriguera, el sitio más oculto, más profundo, donde se pasa es-

condido desde el final del otoño hasta el principio de la primavera.

—¿Y no se muere de hambre estando tanto tiempo sin comer?

—Durante este periodo de tiempo no come nada; permanece en un estado de letargo que le da la apariencia de estar muerto. Cierra los ojos, entreabre la boca, su piel se arruga, se le enfria la sangre y se hace raquítico y casi insensible. En cambio, en cuanto llega el buen tiempo y sale al sol, vuelve a recobrar su agilidad, su viveza y adquiere una flexibilidad extraordinaria.

—Gustándole tanto el sol, no saldrá de casa los días que llueve.

—Así es; la humedad y el frío lo acobarda y le quita todas las energías.

—Oye, buho, ¿es verdad que los lagartos cambian de color como los camaleones?

—Es verdad; pero no lo cambian tanto como estos bichos. El color del lagarto varía ligeramente y es vivo cuando está excitado y pálido en estado de reposo.

—¿A qué será debido esto?

—Créese que obedece a una irritabilidad de la piel, sobre la que ejerce marcada influencia el sistema nervioso.

—¿Qué comen estos animalitos?

—Se alimentan de insectos, gusanos, caracoles, moscas, arañas y, en general, puede decirse que no respetan ningún bicho más pequeño que ellos. Comprenderás que es un animal que beneficia a la agricultura, y como tal debe conservarse su vida. Persiguen y muestran predilección por ciertas especies de insectos dañinos, como la langosta, las orugas de los árboles y las cigarras. Pero su alimento

tiene que estar vivo, pues a los insectos muertos no quieren ni tocarlos. Beben mucha agua, y les gustan las golosinas, como la miel y las harinas dulces.

—También el lagarto tendrá sus enemigos.

—Claro que los tiene. Todos los reptiles mayores que él lo persiguen y hasta los mismos lagartos se atacan unos a otros. Pero al enemigo que más temen es a las serpientes venenosas, y más principalmente a las víboras. El veneno de estos ofidios los mata casi instantáneamente. Es curioso el instinto de los lagartos, pues distinguen perfectamente las serpientes venenosas de las que no lo son, y a éstas no les hacen el menor caso ni

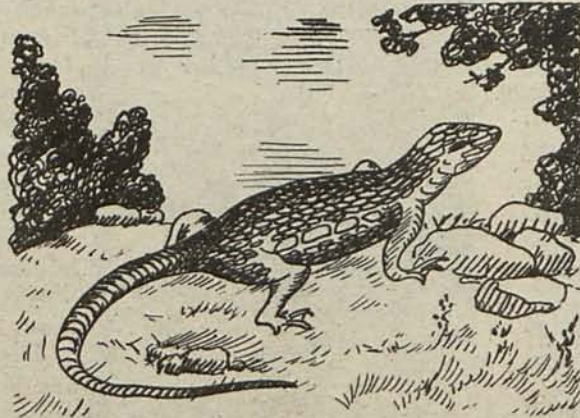
muestran por ellas temor alguno. Otro animalito del cual también huyen es del sapo, pues el líquido venenoso de sus glándulas les produce la muerte casi en el acto de la mordedura.

—¿Tú sabes algún medio para coger vivo un lagarto?

—El más sencillo y de buenos resultados es valerse de una fina y corta red, provista de mango largo para que se pueda colocar desde distancia conveniente cerca de la madriguera del lagarto. Se espera el momento en que éste sale de su madriguera, y entonces, tirando con rapidez y agilidad del mango de la red, queda aquél aprisionado entre las mallas.

Voy yo a hacer la prueba a ver si tengo la suerte de hacerlo con uno para domesticarlo.

—Paciencia te dé Dios, querido Chonón.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE AGOSTO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



S. M. Pinocho I, rey del mundo.
PEDRO SERRA.



Un paisaje.
J. ANTONIO URGAITIA.



Mis mejores amigos.
ROSARIO LOSADA.



Isabel la Católica.
INÉS JARAQUEMADA.



Una gorgona.
C. R.



Un caballo.
M.ª AMELIA N. ARIAS.

La hormiguita.

Esta era una hormiguita que de su hormiguero salió calladita y se metió a un granero, se robó un triguito y arrancó ligero.

Salió otra hormiguita del mismo agujero, y muy calladita se robó al granero, se robó un triguito y arrancó ligero.

Salió otra hormiguita...

EUGENIA TREJOS.

Juanillo el oso.

Pues, señor, esto era una mujer que iba, de pueblo en pueblo, al mercado a vender huevos; y un día, yendo a un pueblo, le cogió la tormenta en el camino y se guareció en una cabaña, y vino un oso y se enamoró de la mujer (porque los osos se enamoran de las mujeres) y se la llevó a su cueva, y todos los días el oso la traía de las mejores cosas para comer.

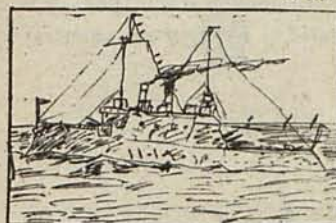
Al cabo de un año tuvieron un hijo, que le pusieron de nombre Juanillo el oso; y cuando fué mayor, la madre le enseñó a hablar; y el chico dijo a su padre, el oso, que quería ir a buscar aventuras; y el oso, de tristeza y pena, porque quería irse su hijo, murió; y entonces la madre y el hijo salieron de la cueva y enterraron al oso y derramaron muchas lágrimas, porque era muy bueno; y entonces se fueron del pueblo a ganar dinero, porque el chico allanaba montes; y ganaron mucho dinero y fueron felices; comieron perdices; a mi no me dieron, porque no quisieron, y me dieron con el plato en las narices.



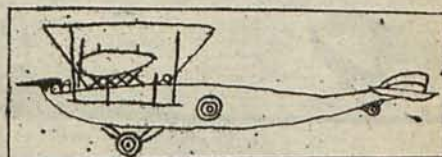
Una cursi de otro siglo.
LUIS VIDAL RIBAS.



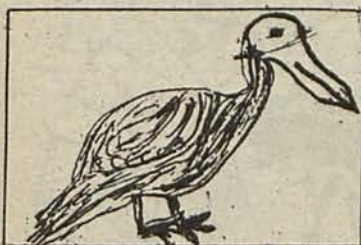
Gitanillo de Triana.
A. ESQUIVIAS.



Un acorazado.
FERNANDO MATA.



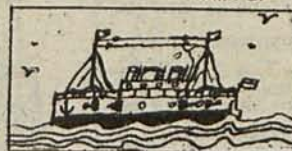
Biplano de guerra.
M. DE EIZAGUIRRE.



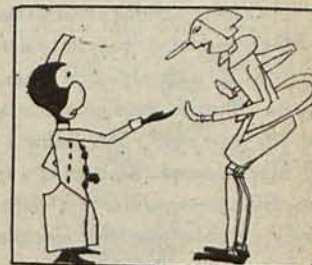
Mi patito.
ELVIRA SERRANO.



Perro, gato y pelicano de Pinocho.
F. G. H.



Un acorazado.
CARLOS ORLANDO.



—¿En qué se parecen las cajetillas de 0,50 a los dedos de un rey?
—No sé.
—Pues en que son de-dos reales.
FERNANDO MATA



Un boxeador.
JUAN ROS.



Mi gatito.
E. S.



El juez Ronquillo.
RAMÓN GRAU.



Un bandido americano.
N. N.



—Una limosnita para este niño.
—¡Pero si este niño no es de carne!
—Es que si saco el de verdad, me pesca una pulmonía
RAIMUNDO P. DE GRACIA.



Chapete.
J. ANTONIO SANCHÍS.



Un pollo pera.
CARMEN MALDONADO.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)



¡POBRES GALLINAS!

La verdad, me dan pena las gallinas. Y lo que digo de las gallinas se puede aplicar a los corderitos y a los pájaros; en fin, a cuantos indefensos animales les está reservado el triste fin de ingresar en la cazuela.

Y por si no tuvieran estos animales poco enemigo con el hombre, ahí tenéis al lobo, a la zorra y a unas cuantas aves de rapiña siempre dispuestas a zamparse al que primero se descuide.

En este dibujo tenemos tres gallinas y dos estupendos gallos dedicados al agradable ejercicio (para ellos) de picotear la tierra; ¡pero qué poco les va a durar la tranquilidad! ¡Tres formidables zorros están al acecho! ¡Encontradlos pronto, pues de lo contrario va a ocurrir una catástrofe!

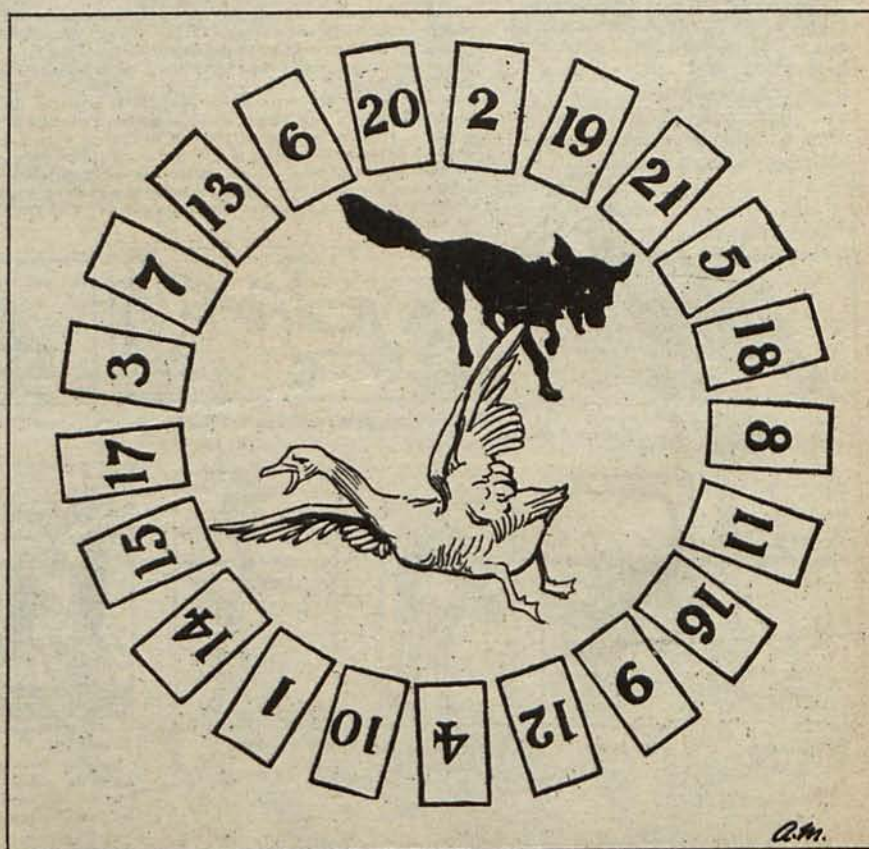
LA ZORRA Y EL GANSO

He aquí, queridos pinochistas, un bonito y distraídisimo problema, que tanto a vosotros como a vuestros papás dará algo que hacer.

Se trata de lo siguiente: empecemos a contar desde un número determinado y digamos 1, 2, 3, 4, 5, etc, hasta que acertemos a poner el dedo en la casilla correspondiente al número que en este momento nombremos. Por ejemplo, empezando a contar desde el cuadrado 16, diríamos 1, 2, 3, 4. Al llegar al 4, le haríamos a este número una cruz y seguiríamos, empezando en el 10, diciendo 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7; ya hemos acertado otro; otra cruz al 7, y así, sucesivamente, hasta acertar todos los números. Esto que os he explicado es el procedimiento a seguir; pero no quiero decir que se haya de empezar por el cuadro 16 para hallar la solución.

Eso es lo que vosotros habéis de acertar. ¿Por qué número se ha de empezar? Es también necesario cambiar el orden de dos números, o sea poner uno en el lugar que ocupa su compañero que está al lado. La dirección que se ha de llevar para contar ha de ser de izquierda a derecha.

Cada número que se acierte se tacha con una cruz, y éste ya no se le cuenta en las vueltas sucesivas, ¡Animo, queridos amigos, y a resolverlo!



ANITA

BUEN-CORAZON



¡ESTOS PASEOS
POR LAS AFUERAS
DE LA CIUDAD SON
MUY ABURRIDOS!



¡BEEÉ!



¡ES UNA CABRA,
QUE ESTÁ EN EL
CORRAL DE SU
CASA!



¿A DONDE
VAS, PE-
LUCHO?



¡GUAAU!
¡GUAAU!

¡PELUCHO,
VEN AQUÍ!



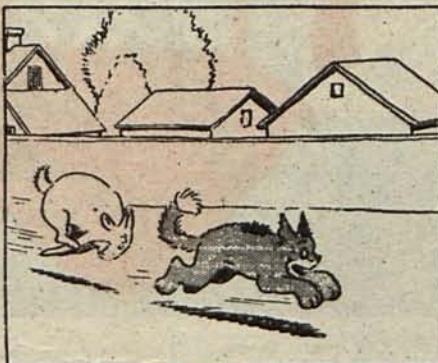
¡DÉJALA
EN PAZ!

¡GUAAU!

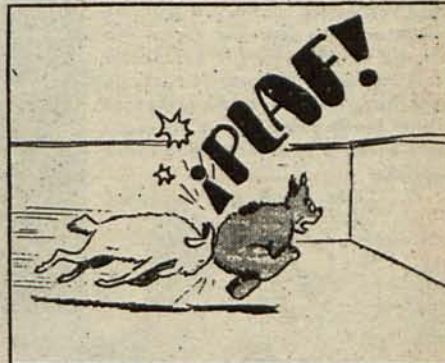


¡BEEÉ!

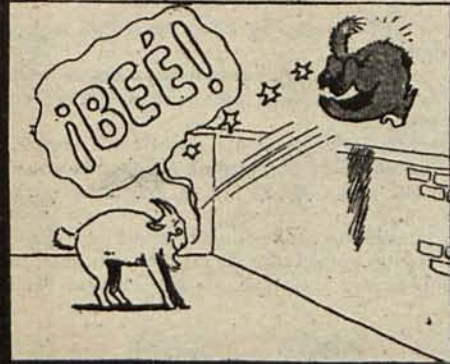
¡CUIDA-
DO!



¡PLAF!



¡BEEÉ!



¡NO VENGAS A
MÍ A QUETE CON-
SUELE POR QUE
TUYA ES LA CULPA!



¡ESO TE DEMOSTRARÁ
QUE SE DEBE SEGUIR
EL CONSEJO DE QUIÉN
TIENE MAYOR EXPE-
RIENCIA!



Sección Pirula

**CHARLAS DE PI-
RULA... DECO-
RADORA Y MO-
DISTA**



Para aprovechar los cacharros rotos. Buena le acaba de suceder a Rosita en casa de su amiga Carmela! Hace más de una semana que la «Pandilla Pirula»

linda (de la cual forman parte, además de las citadas Rosita y Carmela, Mariita, Chelo, Piluca y Fina) no habla de otra cosa.

Figuraos que hace cosa de un mes Rosita fué invitada a almorzar en casa de Carmela; al final del almuerzo le sirvieron champán —bueno, un dedito de champán— en una copa preciosa, de finísimo cristal con dibujos tallados, y que tenía un pie (¿y no sería mas justo decir una pierna o una pata?) del grueso del dedo meñique de cualquier Pirulinda.

La copa entusiasmó a Rosita, y tantas vueltas le dió para admirarla, que... yo no sé cómo ocurrió la catástrofe; pero el caso es que la magnífica copa se partió precisamente por el centro de su delgado pie.

Tal desesperación causó el incidente a la pobre invitada, que la mamá de Carmela, para consolarla, tuvo que asegurar que la cosa no tenía importancia, que la tenía sin cuidado, que hasta la hacía gracia, y poco faltó para que, en demostración de lo que decía, rompiera ella misma, así, por juego, media docena de copas más.

A pesar de todo esto, Rosita se marchó desconsolada.

Pasaron unas semanas; Carmela fué invitada también en casa de Rosita, y una y otra en casa de Mariita, y de Fina, y de Piluca, y de Chelo; y hace tres días, otra vez, se encontró Rosita almorzando en casa de los papás de Carmela.

Y llegan los postres, y después de los postres se sirve champán, y con verdadero terror, Rosita ve reaparecer las famosas copas. No era ya cuidado lo que tenía ella para manejar la suya; no parecía sino que la copa era de brillantes por el modo como Rosita la cogía para beber y la dejaba luego sobre la mesa.

Y... ¿qué diréis que sucedió?



Pues... sí, lectorcitas queridas, sí, sucedió precisamente lo que os figuráis; al ir a coger la copa por segunda vez, Rosita se encontró con que tenía la copa en la mano..., mientras que el pie se había quedado sobre la mesa. La copa se había roto como la otra, exactamente igual.

Esta vez sí que Rosita estuvo a punto de prorrumpir en sollozos desgarradores. ¡Qué rabia y qué desesperación! Y casi lo peor era que todo el mundo se reía a más no poder, sobre todo Carmela y sus hermanos, los traviesos Pepin y Pototo, que parecía que iban a rodar debajo de la mesa de tales

carcajadas como soltaban. Yo no sé verdaderamente lo que le hubiera sucedido a Rosita, de tanto como era su disgusto..., cuando la mamá de sus amiguitos, apiadada, le confesó que todo esto era una broma; es decir, lo de la primera copa era cierto; pero ésta no era sino la misma copa rota, que Pepin y Pototo habían mal encolado para gastarles una broma.

¡Uf! ¡Qué alivio! Y Rosita, que tiene muy buen genio (mucha «correa», afirma el irreverente Pepin); lejos de enfadarse, tomó el partido de reírse con los demás.

Y como dice gravemente Carmela, sacando así la moraleja de la historia: «Ya Rosita no podrá decir que en su vida ha roto... una copa». Pero no siempre resulta tan divertido romper cosas. ¿verdad? Por lo general supone una verdadera contrariedad, ahora que el incidente puede no ser completamente irreparable; por ejemplo, si el cacharro roto es de porcelana de colores, pueden utilizarse los pedazos para confeccionar algunos objetos bonitos y caprichosos.

Entre otros muchos, un platillo, sobre el cual se colocará la jarra del vino o del agua.

Para ello se procede como sigue: El molde será la tapa de una caja redonda, como esas que contienen seis porciones triangulares de quesitos de crema Gruyere. En este molde se echa escayola de la que se compra en los droguerías,



que se amasa con agua, a la que se mezcla pintura en polvos, teniendo en cuenta que el tono ha de ser más oscuro de lo que se desea, porque con la escayola aclarar mucho.

La capa de escayola, en el molde, será de unos cinco milímetros, y debe quedar lo más lisa posible; con una punta cualquiera se traza en la escayola coloreada un dibujo, sobre el cual se colocan los trozos de porcelana, dejando un intersticio entre unos y otros. Luego se vierte sobre todo ello más escayola, y cuando se seca, se repasa, dejando al descubierto el dibujo del platillo, que se saca rompiendo el molde.

Yo no quisiera que dedujerais de mi charla de hoy que Rosita es una niña atolondrada de esas que tienen, como suele decirse, las manos de trapo.

Al contrario, tiene unos deditos muy ágiles y seguros, con los cuales realiza labores primorosas.

Ya veis, ella solita ha confeccionado y bordado para sus amiguitas Fina y Chelo las bolsas de costura que aquí os presento, y que son a cual más graciosa y práctica.

¡Ah! También os interesará saber que el día que Rosita rompió la primera copa llevaba un adorable trajecito de seda cruda adornado con trencillas y con una ancha flor de tela recortada aplicada sobre un hombro.

Y el día que rompió la segunda copa —bueno, el día que creyó que la había roto—, un vestido encantador de crespón azul marino con canesú de seda lavable blanca y cinturón de ante, blanco también.

